

PASION DE ESPAÑA

¡ Qué difícil, exaltante desafío esta lectura de España que nos propone Colette Beleys, tan a contramano de lo que hoy quiere venderse como español !

Para empezar su España en el tiempo, la de los 50-60, con sus ambigüedades y contrasentidos : autocracia pura y dura con resabios fascistas pero que dice apostar por la Europa democrática ; que transforma radicalmente su estructura social pero mantiene casi intocado su regimen político ; que postula la modernidad económica pero cuida celosamente su matriz tradicional ; que apela al capital exterior y suscita la desnudez y el cemento colonizadores de sus playas pero se niega a renunciar a la censura de su vida política y cultural ; en la que la gran sacudida de la modernización deja todavía, incolumes e inteligibles, espacios importantes de la que entonces se llamaba "España eterna", las visceras de su cotidianeidad má inmóvil : el abanico en el tren, las ferias-mercado de pueblo, el digno mendigo de iglesia, mujeres cosiendo en la calle, el oficio de picapedrero, eclesiásticos con traje talar, la fuente y el cantaro en la plaza.

Espacios en el tiempo a los que nuestra pintora agrega los espacios en el espacio de la geografía machadiana, espacios de una España al margen (¿preservada, ausente ?) del enérgico proceso urbanizador/homogeneizador de aquellos años. Su andar la lleva de Lanjarón a Toledo, de Soria a Montehermoso, de Cuenca a Ronda, de Plasencia a Ubeda, de Aldeatejada a la Alberca, trashumancia en la belleza esencial, tierras y lugares parados en si mismos, ensí-mismados en el autodeslumbramiento de su implosivo esplendor. Pero Colette Beleys va aún más lejos en su España elegida y radicaliza esta determinación espacio-temporal con una opción temática centrada en torno del estereo-

tipo hispánico más paseista : pobreza y ruralidad, Cristos y procesiones, toros, flamenco.

¿ Cómo podrían los políticos pragmaticos de la España modernizada, los yuppies de los negocios y los dineros, los sutiles, desencantados estetas de la postmodernidad reconocerse en estas incómodas, añejas, controvertidas, inquietantes señas de identidad ? En el mejor de los casos se acantonaran en el lúcido diagnóstico de Tierno Galvan - Estética y Subdesarrollo - para desde él glorificar el cambio, olvidando que la diacronía de los cambios descurre sobre una compacidad con voluntad de permanencia, esa **España profunda** a la que el Dionisio Ridruejo de los años 60, en lucha con la dictadura, llamaba, metafóricamente y sin etnicidad alguna, "el tronco de la raza".

Pues la identidad que esas señas construyen, aunque hoy sean otras y otros sean sus soportes y sus formas, es la nuestra. Mirad Toledo, ahí lo teneis, en una figuración de ocres asperos, rojos oxidados y abruptos, almagre de soles quemados y de verdes negros, arcillados y jugosos que enconchan los cigarrales en una huida hacia sí mismos, materia que se adensa, magma que se enclaustra en un torbellino cuyo destino se nos escapa. Toledo, otra vez, un clamor glauco de marrones y cobre, a la escucha de miles de historias pasadas, arquitectura tácita de mil isomorfías de palacios e iglesias que mil raíces ocultas empujan, triunfos y cadaveres, hacia un firmamento de promesas y llanto, aplastado plomo de las nubes, boomerang que corta de cuajo la ascensión, anamórfosis de tantas esperanzas. Tierras de Toledo aún en ese puente roto sobre el Tajo, tantas victorias, muertes/glorias de un día, colinas moteadas de sequedad e imperio, tierras en inútil alerta, infecundas o virgenes, noches amenazadas de una imposible aurora, objeto que ahora llamaríamos fractal, como una conversación que no pudiera empezar, confines sin confín en el verde sucio del agua que se escapa río abajo, en el azul leve que se escapa río arriba.

Decidme ¿ no es esto España ?

Como es España esa Salamanca monumental y rectilínea, abrumada de torres y de cúpulas, espacio rumoroso y presentido que tiembla y se afirma en un amarillo casi siena, trazado de lanzas y de libros, morfología de saberes que se declinan en la piedra, pavana ya de un urgido presente, incesante alfabeto de un pasado que ni calla ni se agota. Frente a esa obstinación de la Salamanca esencial de Colette Beleys ¿qué pueden alterar los asnos o los cipreses junto a la ciudad, fugaz anécdota que no sobrevivirá a los años 60 ?

Y quién podrá borrar de la memoria colectiva de los españoles, intrahistoria la llamaba Unamuno, las manchas de luz estallada y fija de la nueva Castilla, hombres y trigos uncidos por la misma irreductible obstinación de la tierra, verano de calimas que represan el aire en un amarillo inacabable, Mancha de las siegas y los molinos, horizonte de sueños últimos, contagiado de todas las locuras, sí, D. Quijote, tarde encinta de todos los imposibles a los que es imposible renunciar, la Mancha, entraña de España que la pintora nos devuelve, tímida y vibrante, con la sabiduría de los que, después de haber vuelto de todo, siguen aún de ida.

España también en este domingo madrileño. Han venido a pasar la tarde en la Pradera de San Isidro. Son cuatro, dos parejas de enamorados. Un largo paseo hablando de todo y de nada ; o encerrándose en la intimidad de dos, para, secretamente, hacer y deshacer, una, veinte, cien veces, el futuro. Los árboles huelen a verano, la musiquilla toca "Islas Canarias" : todo previsible y necesario como ellos mismos, manos entrelazadas, cuerpos contiguos en una complicidad que suscita y retiene la presagiada exaltación. Avanzan hacia el chiringuito que esta en la parte alta. Desde más arriba, desde el acueducto de Segovia, la pintora los ve acercarse a las mesas, que, colocadas contra un murete, dominan el paisaje. Escogen la última y dejan entre ellos y las otras parejas, protector terreno de nadie, una mesa vacía. Se sientan sin mirar, con la arrogancia de quienes tienen la vida por delante. Piden, una botella de vino, cuatro vasos, unas tapitas. La conversación se remansa. Pasa un ángel. La muchacha vestida de lirio rosa, pelo rubio

En algun sitio he leído que la pintura de Colette Beleys es una pintura masculina. ¡ Qué doble desatino ! En primer lugar esa ridícula manía de querer antropomorfizarlo todo, obra de arte incluida, de querer practicar atribuciones sexistas en una esfera que pertenece por definición a lo contingente, que tiene en sí misma el principio y fin de su sentido, su cabal autonomía. Pero, sobre todo, puestos a jugar a la tipología cultural de los sexos, qué disparate calificar de masculina la pintura que tenemos frente a nosotros y que viene tan derechamente de una mujer de cuerpo entero. Mujer de un sólo hombre, de una única apuesta. Amor y obra, fundidos en una aventura sin posible **happy end**, que comienza con su final y se cumple en la soledad de la creación como única posible supervivencia. Pintura sin concesiones, aristada y dulce, en la que la entereza de los negros convive con la ternura malva que no cederá nunca al rosa. Mujer de inmenso carácter de mujer, a la que 50 años de brega no han logrado ponerle una sólo arruga en el alma. Teresa de Avila, Catalina de Rusia, Rosa Luxemburgo, Camille Claudel, Anna Magnani. Totales en sus vidas y en sus obras. Rotas tal vez, jamás dobladas. ¿ Decíamos carácter ?

Hace veinticinco años que nuestra pintora no ha vuelto a pasar los Pirineos. Le ha dado miedo la España, modosa y realista, medio enriquecida y postmodernizada de hoy. Prefiere quedarse del lado de Quevedo, Goya, Machado, Buñuel, gloriosamente desmesurados, pasión de absoluto en ejercicio. Quiere dejar las cosas como son. Al menos como, según ella, están. Sus cuadros le dicen en conocida parafrasis : "No la toques ya más que así es España". La suya. La de siempre. Pasión de España.

José VIDAL-BENEYTO
